

zón. Así, por ejemplo, nos parece excesivo el relieve que se da a las hogueras de la inquisición como fruto real de la doctrina agustiniana, aunque mal entendida, y no compartimos la idea de que Agustín fue en su período maniqueo, un "contestatore" de la Iglesia. Pero estas son pequeñas imperfecciones en una obra que, en conjunto, hay que considerar —nos parece— muy interesante y valiosa.

Claudio BASEVI

Joseph LEDIT, *Marie dans la Liturgie de Byzance*, Paris, Ed. Beauchesne ("Théologie Historique", 30), 1976, 363 pp., 13,5×21,5.

Dentro de la gran producción bibliográfica actual, de vez en cuando aparece alguna obra verdaderamente importante, tanto por la materia como por la metodología. *Marie dans la Liturgie de Byzance* pertenece a este tipo de obras. Es un trabajo, en efecto, que se ocupa de algo tan importante como la figura de María descrita en los textos litúrgicos bizantinos —compuestos antes de la ruptura entre Oriente y Occidente— con rigor científico y con fe amorosa. Por estos motivos bien merece un tratamiento especial.

*Visión de conjunto.* El autor, buen conocedor de la teología mariana, ha estructurado su obra según este triple plano, tan lógico como profundo: María en los planes de Dios Trino, María en su vida terrena y María en su actuación en la Iglesia. De acuerdo con este esquema, la obra está dividida en tres partes: María en el designio de Dios, la vida terrestre de María y María en la Iglesia.

I. El designio de Dios sobre María. Desde toda la eternidad, Dios escogió a quien iba a ser su Madre y realizar así su designio salvífico (pp. 32-35), creándola por ello y para ello— purísima y llena de toda perfección (pp. 35-37). María se inscribe, por tanto, en el orden hipostático y ocupa un lugar único en la creación. Eso explica su excelencia y su encumbramiento por encima de todo orden creado, incluso los ángeles, y su situación privilegiada sobre todas las creaturas. Únicamente Ella es, con propiedad, *santísima, supersanta y purísima* (pp. 38-45).

Por otra parte, al iniciarse la restauración del orden conculcado por el pecado original, María queda asociada a la obra de Cristo Salvador. Ciertamente sólo Jesucristo nos ha rescatado y sólo El nos ha reconciliado con el Padre. Pero en el orden actual de la Providencia esto no hubiera sido posible si no hubiera recibido de María la carne que fue crucificada. En María y por

María fuimos, pues, librados, restaurados, transformados, recreados y renovados (pp. 47-63).

Esta inserción de María en el designio salvífico de Dios, recorre toda la Sagrada Escritura, tanto veterotestamentaria como neotestamentaria. Por lo que respecta al Antiguo Testamento, todo él es un gran adviento que prepara la llegada del Redentor y la nueva vocación de la humanidad. Ahora bien, como el Redentor debía nacer de María, se explica que Ella llene todas sus páginas. La liturgia bizantina, leyendo la Sagrada Escritura bajo la acción del Espíritu Santo, ha descubierto que María está presente en muchas sombras y figuras del Antiguo Testamento. Ella es la *escala de Jacob* por la que sube y baja la redención (páginas 66-67), el *tabernáculo de la alianza* (Ex 26) que encierra no sólo las tables de la Ley sino el mismo Legislador, y está cubierta no por alas de querubines sino por la sombra del Espíritu Santo (pp. 71-78), el *agua* y el *torrente de Gedeón* (Jud 6, 36-40), la *fuelle sellada* (Cantic 4, 12) (pp. 78-80), la *morada de Dios* —de la que tanto hablan los salmos, v. gr. el 91, 6 y el 131, 8—; la *tierra virgen* que produce la espiga divina y la *viña no cultivada* que produce el racimo divino (pp. 82-85). Especialmente presente está María en las profecías de Isaías: Es la *Virgen* que dará a luz (Is 7, 14), el *trono de Dios* (Is 6, 6), el *libro sellado* cuyo misterio nadie comprende y el *libro nuevo* en que está escrito el Logos del Padre, la *nube* suave y luminosa (Is 19, 1) que origina la luz y hace brillar el sol sobrenatural sobre el mundo.

Isaías no agota, sin embargo, las profecías veterotestamentarias relativas a María. La liturgia bizantina encuentra, en efecto, una prefiguración de la virginidad de Santa María en la *puerta cerrada* de Ezequiel (Ez 44, 1-3) (pp. 92-94), puerta a través de la cual entrará en el mundo el Salvador, la *montaña de Sión*, llena de virtudes, donde Dios se manifiesta a los hombres (Hab 3, 1-19, Dan 2, 31-35) (pp. 92-94), la *casa de la Sabiduría* (Prov 9, 1-11) donde se encarna Dios-Salvador (pp. 94-95).

Brevemente: La liturgia bizantina ha penetrado con hondura en el texto veterotestamentario, viendo, a través de una profunda meditación amorosa, tanto la orientación cristológica de todo el Antiguo Testamento como la presencia de María, unida indisolublemente al misterio salvífico de su Hijo.

II. La segunda parte de la obra estudia los siguientes extremos: la aurora, el anuncio de la Encarnación, la maternidad divina de María, la siempre Virgen, la teoninfa, la cordera, el corazón de María y su Asunción.

La *Aurora*. Este epígrafe comprende el estudio de los textos sobre la concepción de María (pp. 102-112), su nacimiento (páginas 112-118) y su presentación en el templo (pp. 118-126); es decir, lo que podríamos llamar vida oculta de María. El cuadro de conjunto que presenta la liturgia bizantina está muy influenciada

do por el Protoevangelio de Santiago —apócrifo del s. II—, si bien posee una enorme riqueza doctrinal. Así, la *concepción de María* no es considerada únicamente desde la perspectiva personal (María fue concebida de modo purísimo y sin mancilla), sino en conexión con la historia de la salvación. Es, en efecto, la primera manifestación del designio salvífico de Dios, el inicio de la regeneración del género humano y el cumplimiento de las profecías (pp. 101-112). También el *nacimiento de María* se inscribe en el mismo contexto, pues es una fiesta de gozo para el mundo, porque ha nacido aquella de quien nacerá el Salvador (p. 112-118). Por último, también la *Presentación* en el templo es contemplada en vertiente salvífica: es, en efecto, la fiesta de los esposales de María y el Verbo, y de María y el Espíritu Santo (páginas 118-126).

*El anuncio de la Encarnación* (pp. 127-137). La liturgia bizantina contempla el anuncio de la encarnación desde esta triple perspectiva: manifestación del designio salvífico de Dios, Encarnación del Verbo y desposorios de Dios con la humanidad. El Arcángel Gabriel —primer liturgo— oficia en las nupcias de Dios con la humanidad; la Virgen María en nombre de toda la humanidad, acepta a Dios como esposo; el Espíritu Santo la fecunda y el Verbo se encarna en su seno, que, por ello, no podía ser sino purísimo.

*La Maternidad divina de María* (pp. 138-166). Sobre este hecho mariológico central, la liturgia bizantina no hace sino unirse al clamor universal de la Iglesia de todos los tiempos, confesando que el Hijo de Dios nació verdaderamente de la Virgen María. Los textos litúrgicos, sin embargo, son muy ricos y sugerentes. En primer lugar, afirman con claridad que María es la *zeotokos*. El subsuelo teológico también es claro: María engendró a “uno de la Trinidad”, más en concreto, al Hijo Eterno del Padre, al Logos del Padre, a la Sabiduría Eterna de Dios. Insisten, además, en que la Encarnación del Verbo es verdadera y real, ya que de María recibió el Verbo verdadera carne y verdadera sangre, es decir, una naturaleza humana completa, poseedora de todo lo que un hombre debe tener para ser tal.

La liturgia bizantina, por otra parte, sigue al Concilio de Calcedonia, al confesar que las dos naturalezas de Cristo subsisten en una única persona sin mezcla, confusión o cambio. Gracias a la unión hipostática, en María se verifican estas palabras: “Quien por su naturaleza es Creador, es creado en tu seno, quien, como Dios, es plenitud, se ha anonadado” (p. 156). Contemplando estas verdades, la liturgia bizantina queda como asombrada y se lanza a buscar símbolos y figuras bíblicas que le aseguren que no está equivocada: la zarza incombustible, el horno de Babilonia, el Tabernáculo, el Templo, el palacio del Rey de la gloria, el Arca de la Alianza, la urna del maná, el altar del incienso, el trono de los querubines, etc. En todas estas figuras apoya su fe en la ma-

ternidad divina de María. Además, la liturgia bizantina, lejos de limitar esta maternidad de María al hecho de la Encarnación, la hace extensiva a todo el periodo de gestación, al alumbramiento y a los primeros cuidados dispensados a Jesús después de haber nacido. Esta situación hace que, por ejemplo, se extasíe contemplando a María amamantando a su Hijo. Sin embargo, la liturgia bizantina no dice nada sobre la acción maternal de María durante los largos años del crecimiento de Jesús de Nazaret.

*La siempre virgen* (pp. 167-179). La liturgia bizantina profesa la virginidad de María tanto en su espacio negativo como positivo. La vertiente negativa la expresa sobre todo en estos cuatro términos: *apeiragame* (la que no tuvo relaciones sexuales), *apeirandros* (la que concibió sin concurso de varón), *asporos* (no fecundada por semen de varón), y *animfeitos* (esposa no desposada).

El aspecto positivo (acción milagrosa de Dios) es un misterio que sobrepasa la inteligencia humana, pues pertenece al designio de Dios y, más en concierto, del Espíritu Santo.

Por lo que respecta a la extensión de la virginidad de María, la liturgia bizantina repite literalmente una expresión clásica en Oriente desde el siglo IV, a saber: "Virgen antes del parto, en el parto y después del parto". En esta virginidad perpetua de María descubre la liturgia bizantina la divinidad de Jesucristo, engendrado por el Padre antes de los siglos.

*Esposa de Dios* (pp. 180-193). Diríase que la liturgia bizantina siente especial predilección por este título mariano, pues lo repite centenares de veces y con motivo de las más diversas circunstancias. Por otra parte, le hace brotar con naturalidad de la condición de *zeotokos* y de la *virginidad perpetua* de María. Asimismo, esta situación esponsalicia de María origina su mediación y protección para los cristianos. Pero la liturgia bizantina no se contenta con señalar el hecho esponsalicio de María, sino que precisa que es Esposa del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo. Es Esposa del Padre, porque el Padre Eterno y María tienen el mismo Hijo: Hijo del Padre en su divinidad, Hijo de María en su humanidad. Es Esposa del Verbo porque desde toda la eternidad la engendró, al encontrarla toda pura y hermosa. Es Esposa del Espíritu Santo, porque con El contrajo nupcias espirituales. Hay que advertir, no obstante, que en las ocasiones en que aparecen juntas las tres divinas Personas y María, la liturgia bizantina la contempla de este modo: Esposa del Padre, Madre del Hijo y morada del Espíritu Santo, que la enoja y engalana con todas las gracias y virtudes.

*La Cordera* (pp. 194-208). Otro título mariano que aparece centenares de veces en la liturgia bizantina es el de Cordera. Es un título muy teológico que pone a María en estrecha relación con el sacrificio del Cordero Inmaculado que quita con su Sangre los pecados del mundo. Sin embargo, los textos ponen el acento en

la propia "pasión" de María, más que en su relación con Cristo Redentor. Es decir, no acentúan la vertiente corredentora de María.

*El corazón de María* (pp. 209-220). Cuando María vino al templo, Simeón le anunció que una espada de dolor atravesaría su alma. Haciéndose eco de este dato bíblico, la liturgia bizantina dice que fue traspasada el *alma* (cinco veces), las *entrañas* (veinte veces) y el corazón (veintiocho veces) de María. Esta especificación —alma, entrañas, corazón— no es mera cuestión terminológica. Siendo, en efecto, el alma el principio de la vida natural y sobrenatural, al decir que fue atravesada el alma de María, se está indicando que su dolor fue tan intenso como para producir la muerte. Por otra parte, al decir que fue traspasado su corazón, se indica que María fue traspasada en lo más tiempo y delicado, ya que el corazón es la sede de los afectos, de la ternura y de la piedad. Las entrañas atravesadas indicarían, a su vez, la intimidad y profundidad del dolor.

*La Asunción* (pp. 221-238). La liturgia bizantina acepta claramente el hecho de la dormición de María como dato previo a su Asunción al Cielo. La apoyatura de esta creencia es profundamente teológica: la asociación indisoluble que existe entre María y su Hijo, cuya Muerte-Resurrección-Ascensión tiene pleno paralelismo en María. La liturgia lleva muy lejos este paralelismo, puesto que afirma que María fue embalsamada y colocada en un sepulcro, porque eso ocurrió con el cuerpo de su Hijo. Sin embargo, la tumba de María no es un lugar de corrupción de su cuerpo, sino la escalera que conduce al paraíso. Por otra parte, la liturgia bizantina prefiere hablar de dormición y no de muerte, ya que considera el tránsito de María como muerte gloriosa, al ser glorificada inmediatamente. Centrándose en el hecho mismo de la Asunción, la liturgia bizantina insiste reiteradamente en que María subió al Cielo en Cuerpo y Alma. El soporte teológico de esta confesión es de orden cristológico, mariológico y eclesial. Jesucristo —argumento cristológico—, Rey de siglos y vencedor de la muerte, quería tener a su Madre junto a El. Por otra parte, María es tan pura —argumento mariológico— que repugnaba que su cuerpo purísimo sufriera la corrupción. Finalmente, María es Reina de misericordia en el Cielo, desde donde intercede ante su Hijo por sus hijos —argumento eclesiológico—.

III. En la tercera parte de su obra el P. Ledit estudia la vertiente eclesial de María, deteniéndose en estos apartados: la realeza de María, las plegarias de nuestra Señora, la salvación que realiza Jesús a través de su Madre, la protección de María y la meditación de María.

*María, Reina* (pp. 241-252). El Occidente cristiano apoya la acción de María en la Iglesia tanto a nivel universal como particular, en el hecho de su maternidad divina, de la que fluye, con ab-

soluta naturalidad y lógica, la maternidad espiritual de María. La liturgia bizantina, conservando sustancialmente invariables estos presupestos, introduce una variante de alguna monta. Para ella, en efecto, María es Madre de la Iglesia porque es la Madre del Rey y la Esposa del Rey. Como ese Rey es Todopoderoso y Señor de toda la creación, María es la Reina Todopoderosa. Por otra parte, al estar asociada a la obra de su Hijo, el Rey victorioso la convierte en Reina victoriosa del pecado y del demonio, gracias a lo cual nos puede librar de todos los enemigos, visibles e invisibles. La actitud de la Iglesia, y de cada uno de los fieles, consistirá, por tanto, en postrarse a los pies de María en actitud de humilde y confiado servicio, especialmente cuando se encuentre en una situación desgraciada que no puede evitar. Según esto la liturgia bizantina encuadra la maternidad de María —como fundamento de su maternidad espiritual— en la vertiente de la realeza; realeza que viene expresada con una gran variedad terminológica: *emperatriz*, *reina universal*, *señora* (kiria), *soberana*. Por este motivo, estos títulos no son títulos gloriosos, sino misericordiosos. Esto explica que María sea Reina de misericordia, cuya ternura y piedad aumenta a medida que crece la miseria humana. Estamos, pues, ante la Reina del *Salve Regina*, del *Acordaos*, del *Sub tuum praesidium*, etc.

*Las plegarias de María* (pp. 253-270). La liturgia bizantina habla con muchísima frecuencia y gran riqueza de matices de las oraciones de Nuestra Señora. María ruega por nosotros, ruega por quien se encuentra necesitado y acude a Ella, ruega especialmente por los moribundos, “concede audiencia” ante su Hijo para que nos otorgue gracias especiales, etc. Hay un término que lo resume todo y que es muy frecuente: María es *presbeia*, es decir, *la que tiene como tarea rogar*. Pero con este preciso matiz: rogar *como embajadora*. En consecuencia, María, a quien Dios ha hecho embajadora nuestra ante El, ruega sin cesar por nosotros, porque ese es su oficio. Por eso, la liturgia bizantina insiste en que María ruega por nosotros sin descanso, de día y de noche.

*Jesucristo nos salva por María* (pp. 271-290). María no sólo ruega por nosotros, sino que nos da la vida divina, nos alimenta, nos viste, lava nuestras miserias, cura nuestras heridas y es nuestra salvación. Ella, ciertamente, no nos da la vida como se la dio a su Hijo, pero nos hace nacer a la vida divina, ya que al engendrar al Verbo ha engendrado al género humano, haciendo nacer a éste por la gracia salvadora de Aquél. Además, Dios ha querido que la gracia regeneradora nos llegue por medio de María. Por otra parte, María alimenta la vida que nos da dado, dándonos la Carne y la Sangre de su Hijo, que nos nutre y robustece. Sin embargo, la liturgia bizantina relaciona a María con la Encarnación de modo indirecto, al decir que el pan que nos alimenta es el Verbo, que ha recibido de María esa carne que nos da en alimento. Además, María nos pone —con exquisita paciencia y

amor— el vestido bautismal, que con tanta frecuencia nos quitamos, a base de concedernos su ayuda valiosísima para arrepentirnos y guardar los mandamientos. Asimismo, frente a la inmensidad de nuestras faltas —recordemos el hondo sentido tan vivo que el Oriente tiene del pecado— María nos concede la contrición y el arrepentimiento. De este modo, contribuye a que realicemos verdadera penitencia y, en consecuencia, a la limpieza de nuestras miserias. Finalmente, María cura las heridas que recibimos en la lucha y acude siempre en nuestra ayuda. La liturgia bizantina insiste, ciertamente, en que Cristo es el único Salvador y el único Mediador. Pero como María nos da a este Salvador y Mediador, obtiene un lugar privilegiado respecto a nuestra salvación, ejercitando con nosotros oficios de una buena madre: nos engendra a la vida, nos alimenta, nos viste, nos educa, nos protege de todos los peligros y nos conduce al Paraíso.

*La protección de María* (pp. 291-302). Según la liturgia bizantina María es protectora de cada uno de los hombres y de todos los pueblos. Con sus oraciones y su poder protege a los ciudadanos, a las ciudades y a los pueblos en la lucha contra los enemigos visibles e invisibles y, sobre todo, contra el poder seductor de las tentaciones. Esta situación mariana aparece expresada en multitud de textos: María es Patrona, refugio, socorro, asilo, muralla, torre, puerto, ánora de salvación, etc. Este carácter protector de María tiene un matiz importante: siendo protectora de todo el mundo y de todos los hombres, lo es especialmente de los más débiles y miserables.

*La mediación de María* (pp. 303-313). La liturgia bizantina emplea frecuentemente expresiones mediadoras relacionadas con María, y afirma expresamente que es mediadora entre Dios y los hombres. El fundamento de su mediación radica en su maternidad divina y en su maternidad espiritual. Por la primera, se aproxima enormemente a Dios, al convertirse en Madre del Verbo y Esposa del Padre. Por la segunda, está muy próxima a nosotros. Gracias a una y otra, une a los hombres con Dios y a Dios con los hombres.

*La Victoriosa* (pp. 314-323). En Oriente, como en otros países, se acude a la Virgen durante la guerra, pidiéndole la victoria. La oración se hace insistente durante la ocupación extranjera. Conociendo la situación histórica de Bizancio, se comprende fácilmente que la liturgia bizantina no omite, antes al contrario, la oración a María, pidiéndole la victoria. Más aún, como quiera que los enemigos de Bizancio fueron con frecuencia no cristianos, se implora a María tanto la victoria de la fe como la de la ciudad, con evidente riesgo de identificar una y otra realidad. Pero de este plano se pasa la liturgia al plano sobrenatural, contemplando a María como quien concede la victoria sobre la muerte, sobre el pecado y sobre el castigo eterno.

*Recapitulación.* — *Marie dans la liturgie de Byzance* es un tratado mariológico completo extraído de los textos litúrgicos bizantinos más antiguos, leídos con madurez teológica y asimilados con fe amorosa. Gracias a esta obra del Padre Ledit, tanto los estudiosos de María y los liturgistas como los teólogos en general tienen al alcance multitud de textos y reflexiones con que iluminar aún más sus saberes y poder entablar un verdadero diálogo ecuménico con los cristianos ortodoxos. Por otra parte, la obra del P. Ledit tiene páginas bellísimas de ascética mariana, que pueden apoyar y estimular la piedad de los creyentes hacia María.

José Antonio ABAD

Gabrielis BIEL, *Collectorium circa quattuor libros Sententiarum*, auspiciis Hanns Ruecker (†), ediderunt Wilfridus Werbeck et Udo Hofmann, Tübingen, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck). Tomus I: *Prologus et Liber primus*, collaborantibus Martino Elze et Renata Steiger, 1973, in-8.º, XI-787 pp.; Tomus IV/1: *Libri quarti pars prima* (dist. 1-14), collaborante Renata Steiger, 1975, in-8.º 502 pp.; Tomus IV/2: *Libri quarti pars secunda* (dist. 15-22), collaborante Renata Steiger, 1977, in-8.º, 624 pp.

El Maestro Gabriel Biel debió de nacer hacia el 1410, en Spira, y murió en 1495. Fue Vicario de Maguncia, estudió en Heidelberg y Erfurt, se licenció en Sagrada Teología y enseñó en la Universidad de Tubinga desde 1484 y hasta su muerte. Suele conocerse como el último vástago del ockhamismo; y a pesar de las pocas novedades que introdujo con relación a Guillermo de Ockham fue, sin duda alguna, un brillante representante del nominalismo, quizá el más destacado en el siglo xv, si nos atenemos a los elogios de su discípulo Wendelin Steinbach en el Prefacio (fechado en 1501) que reproduce la edición que comentamos, hasta el punto de que a los ockhamistas de Erfurt y de Wittenberg se les conocía con el sobrenombre de "gabrielistas". Sin embargo, poco después de su muerte el nominalismo entró en decadencia y se derrumbó durante el siglo xvi bajo los embates conjugados del humanismo, la Reforma, el tomismo y el escotismo renacientes. *Su sofisticada dialéctica* —dice Maurice de Wulf—, *sus paradojas, su jerigonza filosófica cayeron en el ridículo, y como estaba vacío (el nominalismo) de metafísica, no tuvo valladar doctrinal alguno en que pudiera parapetarse. No fue abatido por los decretos (conciliares). Se consumió a sí mismo, por desgaste, sofocado entre sus propias triquiñuelas.* No obstante, la importancia histórica del nominalismo ha sido notable, porque —como han puesto de manifiesto la mayoría de los historiadores, entre ellos